
DIVERSIDAD SEXUAL: UNA MIRADA DESDE LA TEOLOGÍA CRISTIANA

REV. RAQUEL SUÁREZ

Pastora de la Iglesia Bautista Ebenezer de Marianao (*ebenezer@infomed.sld.cu*)

Aportar al debate sobre la temática de la diversidad sexual continúa siendo un imperativo y un desafío, más cuando se trata de colocar el tema en el ámbito de la pastoral eclesial y ecuménica. Un imperativo, no con la intención de imponer, sino como urgencia de responder a una necesidad de la comunidad cristiana de ser coherente y consecuente con el centro de su misión de “dar vida y en abundancia”, lo que vino a hacer Jesús de Nazaret. Un desafío, porque a pesar de lo mucho que se ha debatido desde todos los espacios posibles de reflexión hoy, tratando de clarificar en primer lugar la comprensión de la realidad que viven muchas personas de tener una orientación psico-afectiva-sexual hacia su propio sexo y/o la disyunción psicológica entre su sexo biológico y la subjetividad identitaria sexual en to-

dos sus matices, aún se mantienen actitudes xenofóbicas (rechazo a la diferencia) con legitimación ya sea religiosa, política, social, “científica”. El espectro sigue siendo amplio; las posturas, heterogéneas.

Sabemos que los últimos lustros del siglo xx aparejaron cambios sustantivos en temas sensibles a la realidad diversa del ser humano, en su relación también con la naturaleza, y la emancipación humana y planetaria fue particularizando sus luchas al reconocer los múltiples rostros de la opresión y dominación que generaba el sistema patriarcal en las diferentes formaciones histórico-sociales que fue asumiendo. No solo la condición de clase por la situación económica y política de los diferentes grupos sociales era causa de exclusión,

marginación, opresión de unos grupos por otros privilegiados, sino que las condiciones de género, clase, etnia, raza, edad, eran un añadido y profundizaban esa opresión. Sobre estos conflictos no solo se produjo un pensamiento crítico desde las ciencias sociales y otros ámbitos de pensamiento, sino que este pensamiento animó un conjunto de luchas proféticas y libertarias que han incidido en cambios políticos sustanciales en muchas sociedades.

Sin embargo, la dominación, los prejuicios, los colonialismos, el imperialismo, el patriarcado, se reproducen cuando no en las políticas sociales y públicas, sí en las mentalidades y las prácticas cotidianas individuales, familiares, comunitarias y sociales. En este sentido, la religión puede ser legitimadora o contestaria con respecto al statu quo, puede facilitar la superación de prejuicios y las prácticas discriminatorias o entorpecer procesos de lucha por la justicia, equidad, integridad y dignificación del ser humano y el medio ambiente.

Específicamente, en el ámbito cristiano muchos han sistematizado hoy la gama de posturas y representaciones sociales de las iglesias en su tarea teológica, hermenéutica bíblica, y en el ámbito del magisterio y la pastoral. Frente a la temática de sexualidad y familia en todos sus aspectos las iglesias han evolucionado y al menos dado pasos en el abordaje pastoral. Lo que hoy ha devenido en términos de “salud sexual”, “derechos sexuales y reproductivos” encuentra en el campo religioso cristiano puentes, o también campos minados y muros.

En el aspecto teológico, la gama de posturas se mueve desde un pensamiento marcado por el fundamentalismo, apegado y sustentado por un literalismo bíblico que en sus actitudes más benévolas, a veces demagógicas, alcanzan a decir “no condenamos al pecador, sino al pecado”. Ahí encontramos expresiones tan-

to entre católicos como protestantes, las llamadas tradiciones históricas, hasta los grupos pentecostales, evangelistas y neocarismáticos. Javier Gafo, al sistematizar el debate teológico sobre este tema a finales del siglo xx, citando a W. Müller, cuando expone las principales tomas de posturas cristianas en relación con el tema de la homosexualidad, las divide en cuatro grupos:

El primero, que dice “*No*” a la orientación y al comportamiento homosexual.

Para los autores incluidos en este grupo, la orientación homosexual aparece en alguna forma como irreconciliable con la voluntad de Dios. Ello significa que, no solo el comportamiento homosexual es considerado pecaminoso, sino que la misma condición es calificada como problema moral. Dentro de este grupo, hay quienes consideran que los homosexuales son responsables, al menos parcialmente, de su orientación. De ahí, que el cambio hacia la heterosexualidad aparezca como una exigencia a la que está llamado el homosexual.

Se incluye en este grupo al teólogo suizo protestante Karl Barth, para quien

[...] no existe ninguna vida de varón cerrada en sí misma, sino que hace referencia a la mujer y esta al varón. En obediencia al plan de Dios, tal como aparece en los relatos del Génesis, el varón y la mujer viven en una referencia mutua, que es esencial en su ser humano. La humanidad del varón y la de la mujer consisten en concreto en que existan “cohumanamente” el varón con la mujer y la mujer con el varón. Por ello, la homosexualidad representa una perversión, una decadencia; en ella, cada uno de los sexos no es cuestionado por el otro, sino que “vive para sí, se basta a sí mismo”.

Gafo considera a este grupo minoritario hoy.

El segundo grupo dice “*Sí*” a la orientación y “*no*” al comportamiento homosexual. Aunque Müller considera a este como mayoritario hoy, pensamos que en la actualidad, cuando hay una emergencia del fundamentalismo por la expansión del movimiento llamado neopentecostal en países del Tercer Mundo, la mayoría son posturas donde se entremezclan ambos grupos. Müller plantea que acá se mueve mayoritariamente el sector católico. Estos dicen “no” a las acciones y al estilo de vida homosexual; “sí”, en parte o limitado, a la orientación; y un claro “sí” a la persona homosexual”. Aquí deben incluirse verdaderamente las tomas de postura de la Iglesia Católica en *Persona Humana* y en el *Catecismo* y tomas de postura episcopales como las del recién dimitido papa J. Ratzinger. Entre los protestantes, Helmut Thielicke; que se diferencia de Barth al distinguir entre orientación y comportamiento.

Aquella forma parte de la psicopatología, de la enfermedad y el dolor, como consecuencia de la destrucción del orden de la creación y es, por tanto, algo no pretendido por Dios. La homosexualidad es consecuencia del pecado original y constituye algo no querido por Dios.

El tercer grupo definido por Müller, es el que *acepta tanto la orientación como el comportamiento homosexual*. Los autores de este tercer grupo no solo no descalifican la orientación homosexual, sino que aceptan éticamente el comportamiento homosexual cuando se dan las mismas condiciones que legitiman el comportamiento heterosexual. Aquí deben citarse algunas tomas de posturas de varias iglesias protestantes: la episcopal, ciertas iglesias anglicanas y evangélicas estadounidenses o alemanas, y los cuáqueros. En ocasiones hay dentro de cualquier iglesia protestante diversidad de posicionamientos, a veces en tensión, que debutan en divisiones.

En este grupo se considera que el ser homosexual no es un valor o antivalor, es una condición de algunos sectores. La persona no elige su orientación sino que la descubre. La valoración moral de la conducta de los y las homosexuales debe ser discernida con los mismos criterios éticos que se aplican a las personas heterosexuales.

Las expresiones homosexuales son en sí mismas neutras y su moralidad depende del hecho de que sean [una] forma de expresión genuina de amor: “Los homosexuales tienen el mismo derecho a la intimidad y a las relaciones que los heterosexuales. Como los heterosexuales, están también obligados a aspirar en sus relaciones a los mismos ideales [...] Las normas que rigen la moralidad de la actividad homosexual son las mismas que gobiernan toda actividad sexual”.

Javier Gafo añade otros matices de pensamiento, dentro de los cuales están los que dicen “*sí*” a la orientación y “*si*” –*parcial*– al comportamiento aquellos que

por una parte no descalifican la orientación homosexual, pero sin ponerla al mismo nivel de la heterosexualidad –como lo hacen los autores del apartado anterior– y por otra afirman una aceptación ética, ciertamente matizada, del comportamiento homosexual.

Le faltaría a este autor mencionar la posición de los propios creyentes homosexuales, y de los no creyentes. Creo que muchos se pliegan a estas diferentes posturas, algunos por vergüenza pública y no aceptación de su propia condición, otros por oportunismo y temor; pero otros han asumido su orientación con valentía, honestidad, aunque con la complejidad que lleva el proceso de socialización. En muchas comunidades se están reuniendo y llevando a cabo una pastoral en este sentido para incidir en la aceptación del resto de la membresía,



acompañarse mutuamente y facilitar los procesos familiares. Un peligro es la fragmentación de la comunidad y el crear guetos a partir de las diversas características identitarias, pero es importante promover una pastoral conjunta que visualice las diversidades de nosotros y sus problemáticas creando espacios de ayuda mutua y educación.

Hoy, en la segunda década del siglo XXI, que pensamos que fuera el siglo de la espiritualidad, de la paz, de la superación de los prejuicios, la exclusión, la pobreza, las castas, la realidad abofetea la ingenuidad utópica en la cual caemos. El “sueño de las serpientes” de Silvio no queda en la cama o en la mente recostada. El pensamiento teológico, en todos sus niveles (en representaciones congregacionales, de liderazgo pastoral o académico) en la mayoría de los casos emerge, como acto segundo, y en ocasiones como acto primero, de las entrañas de una eclesialidad alienante, controladora de la sexualidad humana y de los cuerpos –sobre todo el de las mujeres–, desconocedora y cerrada al diálogo con la experiencia de las personas tiene que decir, con lo que las ciencias (como don de Dios en la sabiduría y razón que da al ser humano) hoy comparten, cerrados a la obra del Espíritu de libertad, de verdad que va quebrando muros

y abriendo brechas. Aun más allá. El discurso teológico antecede o es producto, en una circularidad entre la tarea hermenéutica de la Iglesia, el contexto y la práctica eclesial (la pastoral); entonces ¡cuánta dificultad reconocemos, en este que debe ser el sustento teológico del quehacer de la Iglesia, los agentes pastorales y las comunidades, cuando *desean participar* debido a una experiencia de fe y necesidad religiosa (de religarse) personas con orientación psico-afectiva homosexual en todas sus expresiones! ¡Cuánto se siente en la piel, y más adentro, la subestimación, el recelo, la desconfianza, la discriminación cuando se tiene una vocación definida y sentida como respuesta al llamado de Dios y de su pueblo al servicio pastoral, sacerdotal, ministerial!

Ay, Jesús que pregunta ¿qué hiciste por los pequeños, por el amor al prójimo, por la vida plena que significa también vivir plena y responsablemente la sexualidad en comunión, pareja, estabilidad como derecho humano? Ante prácticas excluyentes y discriminatorias también resuena la pregunta de Dios, ¿Dónde está tu hermano? Esperamos que podamos ser iglesias que tiendan puentes de amor y respeto, que reconozcan en la diversidad la acción creativa y amorosa de un Dios Trino, comunitario, familia. Que seamos iglesias seguras, comunidades de aceptación, de iguales, que como el Dios que nos convoca no hagamos excepción de personas, por muy minoritario que sea el grupo o rasgos que ellas tengan.